

Luz a pesar del chasco

La obra de Dios presenta, a lo largo de los siglos, una notable similitud en todas las grandes reformas o movimientos religiosos. Los principios que rigen el trato de Dios con los seres humanos son siempre los mismos. Los movimientos importantes del presente tienen su paralelo en los del pasado, y la experiencia de la iglesia en épocas anteriores proporciona lecciones para nuestro propio tiempo.

Dios, mediante su Santo Espíritu, dirige especialmente a sus siervos que están sobre la Tierra para que lleven adelante la obra de salvación. Los seres humanos son instrumentos en las manos de Dios. A cada uno de ellos Dios les concedió una medida de luz suficiente para capacitarlos con el fin de realizar la obra que les fuera encomendada. Pero nadie ha alcanzado jamás una comprensión cabal del propósito divino de la obra en su propio tiempo. Las personas no comprenden en forma plena y en todos sus aspectos el mensaje que proclaman en el nombre de Cristo. Ni siquiera los profetas entendieron completamente las revelaciones que les fueron encomendadas. El significado debía ir desarrollándose de época en época.

Dice Pedro: “Los profetas, que anunciaron la gracia reservada para ustedes, estudiaron cuidadosamente esta salvación. Querían descubrir a *qué tiempo* y a *cuáles circunstancias* se refería el Espíritu de Cristo, que estaba en ellos, cuando testificó de antemano acerca de los sufrimientos de Cristo y de la gloria que vendría después de estos. A ellos se les reveló que no se estaban sirviendo a *sí mismos*, sino que les servían a *ustedes*” (1 Pedro 1:10-12, énfasis añadido). ¡Qué lección para el pueblo de Dios en la era cristiana! Aquellas santas personas de Dios “estudiaron cuidadosamente” con respecto a las revelaciones dadas para las generaciones que aún no habían nacido. ¡Qué repreensión para la indiferencia amiga de la mundanalidad que se contenta con declarar que las profecías no pueden entenderse!

Con cierta frecuencia, incluso la mente de los siervos de Dios está tan cegada por la tradición y las falsas enseñanzas que alcanza a entender en forma solo parcial las cosas reveladas en la Palabra divina. Los discípulos de Cristo, aun cuando el Salvador estaba con ellos, tenían el concepto popular de que el Mesías sería un príncipe terrenal que exaltaría a Israel para que llegara a ser un imperio universal. No podían entender las palabras de Cristo que predecían sus sufrimientos y su muerte.

“El tiempo se ha cumplido”

Cristo los había enviado con el mensaje: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepiéntanse, y crean en el evangelio!” (S. Marcos 1:15, RVC).

Ese mensaje se basaba en la profecía de Daniel, capítulo 9. Las 69 semanas habían de extenderse hasta el “Mesías príncipe”, y los discípulos esperaban el establecimiento del reino del Mesías en Jerusalén para que gobernara sobre toda la Tierra.

Aunque predicaron el mensaje que les fue encomendado, ellos mismos entendieron mal su significado. Aun cuando el anuncio que hacían se basaba en Daniel 9:25, no vieron en el siguiente versículo que el Mesías debía morir. Su corazón se había concentrado en la gloria de un imperio terrenal; esto cegó su entendimiento. Al tiempo preciso en que esperaban ver a su Señor ascender al trono de David, lo vieron apresado, azotado, insultado y condenado sobre la cruz. ¡Qué desesperación y angustia desgarró el corazón de sus discípulos!

Cristo había venido exactamente en el tiempo predicho. La Escritura se había cumplido en todo detalle. La Palabra y el Espíritu de Dios confirmaban la divina comisión de su Hijo. Aun así, la mente de los discípulos se hallaba envuelta en la duda. Si Jesús hubiera sido el verdadero Mesías, ¿se habrían visto ellos sumidos en la angustia y la desilusión? Esta era la pregunta que torturaba su alma durante las horas angustiosas del sábado que medió entre su muerte y su resurrección.

Sin embargo, no fueron abandonados. “Vivo en tinieblas, pero el Señor es mi luz. [...] Entonces me sacará a la luz y gozaré de su salvación” (Miqueas 7:8, 9). “Para los justos la luz brilla en las tinieblas” (Salmo 112:4). “Ante ellos convertiré en luz las tinieblas, y allanaré los lugares escabrosos. Esto haré, y no los abandonaré” (Isaías 42:16).

El anuncio hecho por los discípulos era correcto: “Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios”. Al cumplirse “el tiempo” –las 69 semanas de Daniel, capítulo 9, que habían de extenderse hasta el Mesías, “el Ungido”–, Cristo había recibido la unción del Espíritu después de haber sido bautizado por Juan el Bautista. El “reino de Dios” no era, como a ellos se les había enseñado a creer, un imperio terrenal. Tampoco se trataba del reino futuro e inmortal en el cual “lo adorarán y obedecerán todos los gobernantes de la tierra” (Daniel 7:27).

La expresión “reino de Dios” designa tanto el reino de la gracia como el reino de la gloria. El apóstol dice: “Así que acerquémonos confiadamente al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar la gracia” (Hebreos 4:16). La existencia de un trono implica la existencia de un reino. Cristo emplea la expresión “el reino de los cielos” para designar la obra de la gracia que Dios realiza en el corazón de los seres humanos. Por lo tanto, el trono de gloria representa el reino de la gloria (S. Mateo 25:31, 32). Este reino es todavía futuro. No ha de establecerse hasta la segunda venida de Cristo.

Cuando el Salvador entregó su vida y exclamó: “Todo se ha cumplido”, se ratificó la promesa de salvación hecha a la pareja pecadora del Edén. Entonces se estableció el reino de la gracia, que antes había existido sobre la base de la promesa de Dios.

Así, la muerte de Cristo –el acontecimiento que los discípulos consideraron como la destrucción de su esperanza– fue lo que lo aseguró para siempre. Aunque acarreó un cruel chasco, fue la prueba de que lo que ellos creían había sido correcto.

El acontecimiento que los había llenado de desesperación abrió la puerta de la esperanza para todos los fieles de Dios en todas las edades.

Con el oro puro del amor de los discípulos por Jesús se hallaba mezclada la despreciable aleación de las ambiciones egoístas. Solo veían el trono, la corona y la gloria. El orgullo de su corazón, su sed de gloria mundanal, los había inducido a pasar por alto las palabras del Salvador que mostraban la verdadera naturaleza de su reino y prefiguraban su muerte. Estos errores resultaron en la prueba tremenda que Dios permitió para corregirlos. A los discípulos se les había de confiar el glorioso evangelio del Señor resucitado. Para prepararlos para esta obra, se había permitido esta experiencia que parecía tan amarga.

Después de la resurrección de Cristo, él se les apareció a sus discípulos en el camino a Emaús, y “les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras” (S. Lucas 24:27). Era su propósito afirmar la fe de ellos en “la Palabra profética más segura” (2 Pedro 1:19, RV60), no solamente por medio de su testimonio personal, sino también por medio de las profecías del Antiguo Testamento. Y como primer paso dado para impartir este conocimiento, Jesús dirigió a sus discípulos a “Moisés y [...] todos los profetas” de las Escrituras del Antiguo Testamento.

De la desesperación a la seguridad

En un sentido más completo que lo que jamás había ocurrido, los discípulos habían hallado a “aquel de quien escribió Moisés en la ley, y de quien escribieron los profetas”. La incertidumbre, la desesperación, dio lugar a la seguridad y a una fe despejada. Habían pasado por la prueba más profunda que pudiera haberles acontecido, y habían visto cómo la Palabra de Dios se había cumplido en forma triunfal. De aquí en adelante, ¿qué podía desalentar su fe? En medio de su dolor más profundo llegaron a tener un “fortísimo consuelo”, una esperanza que era “como segura y firme ancla del alma” (Hebreos 6:18, 19, RV60).

Dice el Señor: “¡Nunca más será avergonzado mi pueblo!” (Joel 2:26). “Si por la noche hay llanto, por la mañana habrá gritos de alegría” (Salmo 30:5). En el día de su resurrección, estos discípulos encontraron al Salvador, y sus corazones ardieron dentro de ellos cuando escucharon sus palabras. Antes de su ascensión, Jesús les ordenó: “Vayan por todo el mundo y anuncien las buenas nuevas” (S. Marcos 16:15), y agregó: “Estaré con ustedes siempre” (S. Mateo 28:20). En el Día de Pentecostés descendió el Consolador prometido, y las almas de los creyentes se conmovieron de regocijo ante la presencia consciente de su ascendido Señor.

El mensaje de los discípulos y el mensaje de 1844

La experiencia de los discípulos en ocasión del primer advenimiento de Cristo tuvo su contraparte en la experiencia de los que proclamaron su segunda venida. Así como los discípulos predicaron: “Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios”, así también Miller y sus asociados proclamaron que el último período profético de la Biblia estaba llegando a su cumplimiento, que el juicio era inminente, y que el reino eterno había de ser establecido. La predicación de los

discípulos con respecto al tiempo estaba basada en las 70 semanas del capítulo 9 de Daniel. El mensaje dado por Miller y sus asociados anunciaba la terminación de los 2.300 días de Daniel 8:14, profecía de la que las 70 semanas formaban parte. Estas predicaciones estaban basadas en el cumplimiento de una porción diferente del mismo período profético.

Así como los primeros discípulos, William Miller y sus asociados no comprendían en forma plena el mensaje que proclamaban. Errores establecidos por largo tiempo en la iglesia impidieron una correcta interpretación de un punto importante de la profecía. Por lo tanto, aunque proclamaron el mensaje que Dios les había confiado, a causa de una incomprensión de su significado sufrieron un desengaño.

Miller adoptó la creencia general de que la Tierra es el “Santuario”, y creía que la “purificación del Santuario” representaba la purificación de la Tierra por fuego en ocasión de la venida del Señor. Por lo tanto, el fin de los 2.300 días, según él concluyó, revelaba el tiempo de la Segunda Venida.

La purificación del Santuario era el último servicio oficiado por el sumo sacerdote en la serie de servicios anuales. Era la obra final de la expiación, que consistía en quitar o eliminar el pecado de Israel. Prefiguraba la obra final de nuestro Sumo Pontífice que está en el Cielo, quien quitará o borrará los pecados de su pueblo que están registrados en los libros celestiales. Este servicio implica una tarea de investigación, una obra de juicio, y esta precede inmediatamente a la venida de Cristo en las nubes del cielo, pues cuando él venga, todos los casos habrán sido ya decididos. Dice Jesús: “Traigo conmigo mi recompensa, y le pagaré a cada uno según lo que haya hecho” (Apocalipsis 22:12). Es esta obra de juicio la que se anuncia en el mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14:7: “Temán a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio”.

Los que proclamaron esta advertencia dieron el mensaje correcto en el tiempo apropiado. Pero, así como los discípulos estaban equivocados con respecto al reino que había de ser establecido al final de las “setenta semanas”, también los que predicaban el mensaje del Advenimiento estaban equivocados con respecto al acontecimiento que había de ocurrir al terminar los 2.300 días. En ambos casos, errores populares cegaron la mente y oscurecieron la verdad. En ambos casos, los hijos de Dios cumplieron la voluntad del Señor al proclamar el mensaje que él deseaba que fuera dado y, en ambos casos, a causa de la incomprensión de este mensaje, sufrieron un chasco.

Sin embargo, Dios cumplió su propósito al permitir que la amonestación relativa al juicio fuera dada como lo fue. En su providencia, el mensaje sirvió para probar y purificar a la iglesia. ¿Estaban sus afectos puestos en este mundo o en Cristo y el Cielo? ¿Estaban dispuestos a renunciar a sus ambiciones mundanas y darle la bienvenida al advenimiento de su Señor?

La desilusión también iba a probar el corazón de los que habían profesado recibir la amonestación. ¿Abandonarían ellos en forma precipitada su experiencia y perderían su confianza en la Palabra de Dios cuando fueran llamados a soportar el escarnio del mundo y la prueba de la demora y el chasco? Por no comprender en

forma inmediata los designios de Dios, ¿charían por la borda verdades sostenidas por el claro testimonio de su Palabra?

Esta prueba enseñaría el peligro que existe en aceptar las interpretaciones de los seres humanos en lugar de hacer de la Biblia su propio intérprete. Los hijos de la fe serían inducidos a un estudio más profundo de la Palabra, a examinar en forma más cuidadosa los fundamentos de su fe, y a rechazar todo aquello que, aunque ampliamente aceptado por el mundo cristiano, no se basa en las Escrituras.

Pero aquello que en la hora de la prueba parecía tan oscuro sería aclarado. A pesar de la prueba resultante de sus errores, aprenderían mediante una experiencia bendita que “el Señor es muy compasivo y misericordioso” (Santiago 5:11); y que todos sus caminos “son amor y verdad para quienes cumplen los preceptos de su pacto” (Salmo 25:10).